



HISTORIAS DEL MUÑECO VUDÚ
Bartolomé Leal
1ª edición digital, septiembre de 2016
© Bartolomé Leal

© 2013 Planeta Sostenible Ediciones EIRL
www.planetasostenible.cl

Ilustración portada, contraportada y
trazado de ilustraciones interiores: Matías López

Diseño y diagramación: Sandra Conejeros Fuentes

Edición al cuidado de: Juan Francisco Bascuñán Muñoz

Registro de Propiedad Intelectual: 224.495
ISBN: 978-956-8937-46-1

Historias del Muñeco Vudú

Bartolomé Leal

Índice

Prólogo	08
El señor presidente	12
El <i>kompá</i>	16
La araña de siete patas	24
Los hombres-cerdo de Puerto Príncipe	30
Hotel Montana	38
Carne de perro	48
La hotelera de Jacmel	52
King Jesus	64
Historia de un caracol	80
Los policías canadienses	86
Marrones y cimarrones	90
Parábola del pintor naif	102
Los árboles sagrados de Haití	110
Agradecimientos	117

Prólogo

El libro que el lector tiene en sus manos trata de Haití, un país insular del Caribe con una población cercana a los 10 millones de habitantes y un territorio de casi 30.000 kilómetros cuadrados que ocupa la mitad occidental de la isla llamada La Española. Es el único país independiente de habla francesa en lo que llamamos América Latina y el Caribe, y el primero en liberarse del yugo colonial en 1804. Tiene una historia llena de situaciones dramáticas y heroicas, y un territorio frágil devastado por la acción humana.

En este libro hemos querido contar algunos aspectos de la historia, las artes plásticas, la religión, la música, las costumbres, la magia de Haití... No es una serie de ensayos ni tampoco un conjunto de relatos de ficción. Es una mezcla que creemos refleja de alguna manera lo que ese país ha aportado a la trayectoria del hombre sobre la tierra: una sucesión de saltos que se remontan a lo más excelso de la imaginación y la creatividad humanas; y de caídas que hacen dudar de que nuestra especie haya actuado siempre de modo tan racional como se espera que lo haga.

Un canto de amor a Haití es este libro. Responde a una experiencia de trabajo del autor, a un conocimiento de su territorio y su cultura, al contacto con artistas, profesionales y ciudadanos que han sido sus amigos entrañables, sobre todo por haber compartido con ellos y con ellas algunas experiencias intensas con motivo de los desastres que han asolado a la isla.

Más que nada, deseamos probar en este pequeño libro que Haití es mucho más que las imágenes macabras que la televisión muestra; y eso sólo a veces, cuando el país es noticia. Por desgracia, casi siempre lo es cuando las catástrofes lo afligen. Rara vez lo es

por sus notables éxitos y logros, en tantos dominios del saber y el arte. Aunque además, debido a la excelencia de su café y de su índigo, de sus mangos y de su vetiver, de su ron y de su cerveza, de su tabaco y de sus peces, no tendría por qué hallarse en tal estado de postración económica y social.

Para todos aquellos y aquellas jóvenes que desean saber algo más, algo más serio, algo más sustantivo que las píldoras entregadas por la prensa sobre Haití, hemos producido este libro, estas trece “Historias del muñeco vudú”, en la perspectiva de contribuir a lo que es nuestro objetivo como proyecto editorial: un planeta más sostenible.

Juan Francisco Bascuñán, agosto de 2013

El muñeco vudú se notaba bastante banal en apariencia. También al tacto. Su piel de tela burda, como de saco harinero, y su respuesta a los dedos cual si estuviera relleno de estopa o tal vez de lana, lo mostraban carente de cualquier intención estética. Parecía la obra de un artesano aficionado. Un juguete infantil barato. Para acentuar la sensación de objeto doméstico, su cabeza reposaba sobre un canuto de hilo hecho en madera, y sus ojos eran un par de botones nada más corrientes.

Unas cuantas agujas clavadas en su cuerpo rústico y otras que se veían esparcidas alrededor, le otorgaban sin embargo un cariz diferente. El niño no sintió miedo, tampoco lo dominó un sentimiento de mofa. En verdad sintió curiosidad. Odiaba los muñecos y las muñecas, le parecía que eran cosa de niñas y él era un hombrecito.

Al muñeco vudú con sus agujas lo había traído su padre desde Haití, donde cumplía tareas de ayuda humanitaria a ese país que había pasado por tantos sufrimientos. El niño no le había prestado mayor atención, no le interesaba, pero esa noche, no sabía bien por qué, se había aproximado al anaquel donde el juguete había quedado abandonado, perdido el interés del

primer momento. El padre había contado historias acerca de la magia negra que se hacía en los campos haitianos con esos muñecos, pero nadie se lo había creído.

El niño, superado por un impulso que no supo de dónde le vino, cogió entre sus dedos una de las agujas y la clavó en el cuerpo del juguete, para ser más preciso, en el pecho. Penetró en forma limpia, sin encontrar resistencia de la tela ni el relleno. Para su sorpresa, los ojos del muñeco (sus feos botones negros adheridos con hilo) parecieron abrirse y se clavaron en los suyos. El niño sintió un escalofrío pero no se retiró de allí. Llegó a creer que soñaba, como en ocasiones en que dentro de un sueño se percataba de que soñaba y luchaba, a veces con angustia, para despertar.

Los ojos del muñeco vudú parecieron moverse por el cuarto, mostrando un fondo de ojo blanco y brillante. Volvieron a posarse en el niño, que aún mantenía entre sus dedos la aguja. Sus labios, unos trozos de tela roja apenas cosidos se abrieron y el muñeco, tras lanzar un prolongado suspiro, empezó a hablar. Musitó:

“¡Haití! ¡Ah! Escucha, te voy a contar una historia”.

El señor presidente

El zombi esperó que la última claridad del sol se esfumara para lanzarse a las calles de Puerto Príncipe. Vestía un gabán hasta el suelo, bufanda, botas militares y guantes de lana. Aún así sentía frío a pesar del calor reinante. Ajustó sus lentes oscuros, lo que más intimidaba a la gente, que se apartaba a su paso. Algunas viejas se santiguaron. Los zombis andaban por la calle, sí, cierto, eso era normal, pero a la gente les repelían.

Los reconocían a los zombis porque siempre andaban muy abrigados y se desplazaban con paso rápido. Los ciudadanos cambiaban de vereda a su vista, pero durante la jornada diurna no les temían. Era en la noche cuando se volvían peligrosos, según la tradición. Esas noches calientes del gran puerto de Haití, más sofocante que todos los lugares calientes del país.

Dilató su nariz descarnada para hallar una señal de lo que buscaba. Ningún olor respondió a su sentido olfatorio. Ni la fragancia de las rosas del barrio Pacot ni los aromas a pintadas asadas de los hoteles de Petionville ni los inciensos de las mansiones de Kenscoff, le interesaron. Buscaba algo bien preciso y eso parecía lejano. Tendría que caminar bastante.

El zombi se cruzó con otro zombi extraviado. Tropezó con él más de una vez. Los zombis no saben apartarse y tampoco se hablan entre sí. Hay gente que piensa que entre ellos no se ven, con sus ojos de cuencas hundidas. Cada cual tiene un objetivo y hacia él se mueve, incommovible. Por fin el zombi se liberó de la presencia de su par y siguió camino hacia la parte alta de la ciudad.

Buscaba una gallina. Era lo que necesitaba, una gallina a la cual sacrificar para saciar su sed de sangre. El zombi apuró su paso anciano e inseguro, mientras las sombras de la noche sin luz artificial lo iban haciendo cada vez menos conspicuo. Faltaba poco para llegar a la gallera donde ya estarían, iluminados por improvisadas teas, los fanáticos de las peleas con su desquiciada

algarabía de apostadores. El sonido de los tambores lo guió.

Sus oídos simples valoraban los ritmos, sobre todo los ritmos simples. Pero no disfrutaba de ellos. No disfrutaba de nada el zombi. Había perpetrado tantas maldades en su vida y en su muerte, que se hallaba más allá del bien y del mal. Un muerto-vivo no conoce la paz.

Donde hay gallos hay gallinas, elucubró el zombi. Su cerebro hecho de retazos zumbó. Y donde hay galleras hay vudú, razonó, si eso se puede decir. No se equivocaba. En un quiosco semiderruido un grupo de mujeres de blanco, las *mambo*, bailoteaba en círculos, mientras un santón alto y delgado, de rala perilla blanca, el *bokó*, balbuceaba salmodias llevando una gallina cogida del cuello.

Mientras se contoneaba siguiendo el compás, una *mambo* dibujaba en el suelo, con polvos coloreados, el *vevé* de Loko, deidad forestal.

Los tambores intensificaron su ritmo. El zombi se introdujo en el ruedo que formaban los oficiantes vudú. Con un movimiento brusco el zombi arrebató la gallina al santón, le arrancó de cuajo la cabeza y bebió con avidez la espesa sangre que manaba del muñón. Los asistentes al ritual enmudecieron de pavor. Muchos y muchas hicieron la señal de la cruz.

La ceremonia no se detuvo. Lo dejaron hacer. Era parte del ritual. El llamado a los *loa*, los espíritus de los ancestros, había surtido efecto. Pero era necesario que el zombi se fuera de allí sin arrebatarse el alma a nadie. El cuerpo inerte de la gallina cayó al suelo.

Satisfecho, el zombi retornó al palacio de gobierno.

El muñeco calló y sus ojos de carey se apagaron poco a poco. El niño lo remeció pero estaba por completo inerte, como el objeto de trapo que era. Ahora no le parecía raro que el muñeco hubiera hablado, se le había pasado la idea de que soñaba. Quería saber más.

Su padre le había contado que Haití era un país pobre y desdichado, pero que era rico en expresiones artísticas y religiosas, que había sufrido dictaduras y terremotos, que había perdido todos sus bosques y que por todos lados se veían montones de basura. Haití significa “país montañoso” en taino, la lengua de una de las tribus originarias. Había visto en la televisión imágenes de un país agobiado por el infortunio. Cuando parecía recobrase un poco, otras calamidades le caían encima, huracanes e inundaciones.

Sin embargo, decía su padre, Haití era un país pionero

de la libertad entre las naciones americanas. Fue el primer país en el cual los esclavos negros, traídos desde África a la fuerza, consiguieron rescatar su condición de seres humanos integrales. En su lucha encarnizada por liberarse del yugo de los esclavistas crearon dos cosas: un lenguaje (el creole) y una religión (el vudú). Si había algo que podía salvar a Haití era la cultura. El niño quería saber más. Tomó una segunda aguja y la clavó con decisión entre los ojos del muñeco.

El muñeco vudú volvió a abrir los ojos. “Cuéntame más, muñeco”, dijo el niño. Tampoco se sorprendió de lo absurdo que era hablarle a ese monigote tonto. Había entrado en aquel juego fantástico y nadie podía sacarlo de allí. El tosco juguete movió esos labios que más parecían pedazos de tomate podrido que otra cosa.

El muñeco movió sus labios y se puso a cantar.

El kompá

Tocaba la banda, tocaba el *kompá*
y el banjo sonaba, como una campana
dando el ritmo, dando el ritmo
dando el loco ritmo del *kompá*
mientras la gente bailaba
bailaba en el funeral

Y la banda tocaba y todos se meneaban
se meneaban al compás del *kompá*

El *kompá*, el *kompá*
el ritmo que a los negros hace bailar
que a los negros bozales hace gemir
que a los esclavos hace bramar

Los tambores y las maracas, los bongoes y el banjo
le daban, le daban y le daban
y el muerto se meneaba
sobre los hombros de los que bailaban
y los músicos le daban con ganas
al banjo y el tambor, las palmas y las maracas

Hasta que entraba el cantante
poniendo palabras al ritmo del *kompá*
y la vida del muerto narraba
y se burlaba, exageraba y remedaba
y todos reían
y el muerto de hombro en hombro saltaba
y todos reían y bailaban
mientras el cortejo avanzaba y avanzaba

Y de pronto salió adelante el Barón
el Barón Samdí
que zapateaba, el clac en la testa
se zangoloteaba el Barón Samdí
quería al muerto el Barón
al son de la banda lo quería para sí

Y la banda tocaba el *kompá*
por los agudos el banjo subía y subía
por las cuerdas bajaba y bajaba

El Barón Samdí, tan alto y tan flaco
con el clac en la mano y un ron en la otra
un cigarro en la boca, en la boca un cigarro
le decía al muerto
levántate Lázaro, baila el *kompá*
y la banda tocaba y tocaba
sonaba el *kompá*
y el muerto se sentaba y se levantaba
y la banda tocaba y tocaba

Y la gente lloraba
que se lo lleva, que se lo lleva al difunto
que se lo lleva el Barón Samdí
y la banda tocaba y tocaba el *kompá*
sin romper el compás

El muerto vivo bailaba
y se hundía en la noche
bailaba detrás del Barón Samdí
que su clac meneaba
y la gente lloraba de pena y de miedo
y la banda tocaba y tocaba
tocaba el *kompá*

Su traste huesudo el Barón Samdí meneaba
y el muerto lo seguía
y la gente miraba y la gente gritaba
al infierno se lo lleva
al reino de los muertos se iba el difunto
y el cantante seguía y ya nadie reía
y el Barón Samdí se zangoloteaba
como una serpiente
siguiendo la música del *kompá*

El *kompá*, el *kompá*
el ritmo que a los negros hace bailar
que a los negros bozales hace gemir
que a los esclavos hace bramar



Veve del Barón Sandí,

Intermediario entre el mundo de los vivos y el de los muertos, de allí la presencia de ataúdes, una tumba con su cruz, flores y pájaros. Personaje sujeto de burlas, aunque temido, es un motivo recurrente durante los carnavales.

Nota: Las ilustraciones de este libro corresponden a una versión libre de los vevé, figuras geométricas sagradas que se trazan por lo general con polvos naturales (cereales, café, cenizas) durante las ceremonias vudú, y que representan a las divinidades tutelares.

